

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres; se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconuelo ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!

Sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el Universo fue casa; su patria, aposento; la Historia, madre; y los hombres hermanos, y sus dolores cosas de familia que le piden llanto. Él lo dió a mares, Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen; y se le tenía a mal que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: "oprimir a agasajos." Él, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se da a los hombres es devorado por ellos, y él se dió entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra. Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes. A sus ojos, el más débil era el más amable. Y el necesitado era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del Estado pasa como de otro y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan al viento, y son de aquel varón sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia ni cansancio, ocultándose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra! ¡Qué entendimiento de coloso! ¡qué pluma de oro y seda! y ¡qué alma de paloma!

Él no era como los que leen un libro, entrevén por los huecos de la letra el espíritu que lo fecunda y lo dejan que vuele, para hacer lugar a otro, como si no hubiese a la vez en su cerebro capacidad más que para una sola ave. Cecilio volvía el libro al amigo y se quedaba con él dentro de sí; y lo hojeaba luego diestramente, con seguridad y memoria prodigiosas. Ni pergaminos, ni elzevires, ni incunables, ni ediciones esmeradas, ni ediciones príncipes veíanse en su torno; ni se veían, ni las tenía. Allá en un rincón de su alcoba húmeda se enseñaban, como auxiliares de memoria, voluminosos diccionarios; mas todo estaba en él. Era su mente como ordenada y vasta librería donde estuvieran por clases los asuntos, y en anaquel fijo los libros, y a la mano la página precisa; por lo que podía decir su hermano, el fiel Don Pablo, que, no bien se le preguntaba de algo grave, se detenía un instante, como si pasease por los departamentos y galerías de su cerebro y recogiese de ellos lo que hacía al sujeto, y luego, a modo de caudaloso río de ciencia, virtiese con asombro del concurso límpidas e inexhaustas enseñanzas.

Todo pensador enérgico se sorprenderá y quedará cautivo y afligido viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos. Dado a pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Ve lo suyo y lo ajeno,

Cecilio Acosta

= De *Nuestra América*, Vol. VII de las OBRAS. Gonzalo de Quesada, Editor. Habana. 1909 =



Cecilio Acosta

Alma nueva que nos lee: Hágase de las *Obras de Cecilio Acosta*. En 1908-9, las editó en Caracas (Empresa *El Cojo*), el Gobierno de Venezuela. CINCO tomos son.

Lectura y glosa de escritores venezolanos

= En el Casino Municipal de la Exposición Ibero-Americana, Sevilla, 1929, el día 26 de octubre de 1929, con motivo de la SEMANA DE VENEZUELA. =

Señoras y Señores:

De corazón, agradezco en extremo vuestra presencia en este acto en el que cumplo el encargo de leer algunos, muy pocos, de los que pudiéramos llamar grandes clásicos o humanistas venezolanos, maestros de nuestras letras nacionales, que las generaciones sucesivas han respetado y admirado, aunque sin convertir, por lo regular, sus disciplinas literarias en trabas que impidieran el libre desenvolvimiento de las ideas, de la sensibilidad y del estilo, como reflejos de ulteriores y nuevos estados psicológicos y sociales de nuestra evolución vernácula. Simple lector, en esta oportunidad, ruego sin embargo vuestra benevolencia para las breves glosas que me veo obligado a intercalar, como datos puramente informativos, en el curso de esta incompleta selección, deficiente como obra mía, y en la que vuestro fino e ilustrado intelecto percibirá sin duda el espíritu heredado de nuestra España, con los matices y modalidades que el medio tropical, en largas centurias, imprimió a aquella herencia, pero conservando casi íntegras las armonías y el vigor del lenguaje castellano.

En efecto, es innegable que en el ritmo de nuestra vida influyeron no sólo el contorno de naturaleza, sino también otras literaturas e idearios de diverso origen, pero sin que el idioma, por lo corriente, perdiera sus esenciales virtudes. Además, como en España misma y a menudo a través de ella, hasta Venezuela llegaron siempre, en formas más o menos apreciables, los problemas que agitan a Europa, y así adoptamos ideologías y direcciones literarias a veces con demasiada ligereza, debido a aquella facultad de rápida asimilación que es don o si queréis defecto de nosotros los indo-españoles.

(Pasa a la página 206.)

como si lo viera de montaña. Está seguro de su amor a los hombres y habla como padre. Su tono es familiar, aun cuando trate de los más altos asuntos en los senados más altos. Unos perciben la composición del detalle, y son los que analizan y como los soldados de la inteligencia; y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan y como los legisladores de la mente. Él desataba y ataba. Era muy elevado su entendimiento para que se lo ofuscara el detalle nimio, y muy profundo para que se eximiera de un minucioso análisis. Su amor a las leyes generales y su perspicacia asombrosa para asirlas no mermaron su potencia de escrutación de los sucesos, que son como las raíces de las leyes, sin conocer las cuales no se ha de entrar a legislar, por cuanto pueden colgarse de las ramas frutos de tanta pesadumbre que, por no tener raíz que los sustente, den con el árbol en tierra. Todo le atrae y nada le ciega. La antigüedad le enamora y él se da a ella como a madre; y como padre de familia nueva, al porvenir. En él no riñen la odre clásica y el mosto nuevo; sino que, para hacer mejor el vino, lo echa a bullir con la substancia de la vieja cepa. Sus resúmenes de pueblos muertos son nueces sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido más dueño del pasado; ni nadie— ¡singular energía, a muy pocos dada!—ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones. "La antigüedad es un monumento, no una regla; estudia mal quien no estudia el porvenir." Suyo es el arte, en que a ninguno cede, de las concreciones rigurosas. Él exprime un reinado en una frase, y es su esencia; él resume una época en palabras, y es su epitafio; él desentraña un libro antiguo, y da en la entraña. Da cuenta del estado de estos pueblos con una

sola frase: "en pueblos como los nuestros, que todavía, más que dan, reciben los impulsos ajenos." Sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro. Su ciencia histórica aprovecha, porque presenta de bulto y con perspectiva los sucesos, y cada siglo trae de la mano sus lecciones. El conoce las vísceras, y alimentos, y funciones de los pueblos antiguos, y la plaza en que se reunían, y el artífice que la pobló de estatuas, y la razón de hacer fortaleza del palacio, y el temple y resistencia de las armas. Es a la par historiador y apóstol, con lo que temple el fuego de la profecía con la tibieza de la historia, y anima con su fe en lo que ha de ser la narración de lo que ha sido. Da aire de presente, como estaba todo en su espíritu, a lo antiguo. Era de esos que han recabado para sí una gran suma de vida universal y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo en que se agitan, como es en pequeño todo pequeño hombre. Era de los que quedan despiertos cuando todo se reclinaba a dormir sobre la tierra.

Sabe del Fuero Aniano como del Código Napoleónico; y por qué ardió Safo, y por qué consoló Bello. Chindavinto le fué tan familiar como Cambaceres; en su mente andaban a la par el Código Hermogeniano, los Espejos de Suavia y el proyecto de Goyena. Subía con Moratín aquella alegre casa de Francisca, en la clásica calle de Hortalezas; y de tal modo conocía las tiendas celtas, que no salieran, mejor que de su pluma, de los pinceles concienzudos del recio Alma Tadema. Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso.

¡Qué leer! Así ha vivido: de los libros hizo esposa, hacienda e hijos. Ideas: ¿qué mejores criaturas? Ciencia: ¿qué dama más leal, ni más prolífica? Si le encendían anhelos amo-

(Pasa a la página 209.)